

Imaginar el futuro, redefinir lo humano

Una aproximación a la ciencia ficción latinoamericana reciente

Florencia Colombetti

fcolombetti@gmail.com

Licenciatura en Letras Modernas

Directora de TFL: Luciana Sastre

Codirector de TFL: Francisco Marguch

Beca Estímulo a las Vocaciones Científicas, Consejo Interuniversitario Nacional

Recibido: 03/10/18 - Aceptado: 20/11/18

Resumen

El presente artículo recupera los resultados principales de mi Trabajo Final de Licenciatura en Letras Modernas. Dicha investigación se propuso indagar ciertas problemáticas de la ciencia ficción latinoamericana reciente, centrándose en el estudio de dos novelas: *Los cuerpos del verano* (2012), del argentino Martín Felipe Castagnet y *Vagabunda Bogotá* (2011), del colombiano Luis Carlos Barragán Castro. La indagación partió de una pregunta por el estado actual del género en la región y su potencia como espacio literario para problematizar nuestro propio presente, particularmente, en relación con las transformaciones que los desarrollos de la ciencia y la tecnología producen sobre el mundo y sobre el hombre. En ese sentido, los dos grandes focos de lectura que orientaron la investigación fueron la imaginación del futuro y la preocupación por la constitución de lo humano, cuestiones que han sido identificadas por la crítica como específicas de la ciencia ficción.

Al respecto y como primera hipótesis, sostuve que estas ficciones construyen sus imágenes del futuro como un "casi presente", en tanto extensión y continuidad con nuestras actuales condiciones de existencia, profundizando una tendencia que se constata en la tradición latinoamericana del género. Y en segundo lugar, trabajé con la hipótesis de que ambos textos permiten entablar un diálogo con los discursos e imaginarios en torno a lo posthumano, visibilizando diversos desplazamientos que se dan en los umbrales que han permitido definir al ser humano, especialmente, en relación con sus "otros tecnológicos".

Palabras clave: ciencia ficción latinoamericana – imaginación del futuro – posthumano

1. Introducción

Durante los últimos años, tanto críticos como escritores vienen señalando un proceso de re-emergencia de la ciencia ficción en América Latina, no sólo por el aumento de la producción literaria y la multiplicación de las revistas especializadas (Pestarini, 2007; Bastidas, 2012), sino también por el interés renovado en los círculos académicos (Kurlat Ares, 2012; Lepori, 2013). Si consideramos que este género literario permite indagar y reflexionar sobre las transformaciones que la ciencia y la tecnología producen en nuestras estructuras perceptuales, experienciales y socioculturales, no es casual entonces que dicho proceso coincida con un momento histórico



donde los desarrollos y avances tecnológicos atraviesan todos y cada uno de los ámbitos de nuestra existencia.

Teniendo en cuenta lo anterior, este artículo gira en torno a la ciencia ficción latinoamericana reciente, sus nuevas posibilidades y su potencia para problematizar nuestro propio presente. Para ello, me he centrado en el estudio de dos novelas catalogadas dentro del género tanto por el periodismo cultural como por los propios escritores: *Los cuerpos del verano*, del argentino Martín Felipe Castagnet, y *Vagabunda Bogotá*, del colombiano Luis Carlos Barragán Castro. La lectura de ambas ficciones me permitió observar algunos puntos en común que convocaban los mismos interrogantes pero con respuestas diferenciadas en el marco de una indagación que se refería a cómo escribir ciencia ficción hoy cuando buena parte de su imaginario parecía haberse vuelto realidad.

Esa aproximación me condujo por un doble recorrido, o mejor dicho, por un camino de ida y vuelta. Por un lado, este trabajo explora los modos en que las actuales condiciones de producción afectan y transforman las formas del género respecto de sus manifestaciones anteriores en América Latina. Y por otro lado, se trató de seguir una indagación que partía del consenso teórico de que la ciencia ficción, a pesar de imaginar un mundo alternativo al referencial, conduce siempre a una pregunta por el presente mismo de escritura. Ese camino de ida y vuelta, entonces, me llevó del presente al género y del género a nuestras propias condiciones de existencia.

Actualmente, puede decirse que nuestra realidad se encuentra moldeada y modulada por los avances tecnocientíficos hasta el punto en el que convivimos con la sensación de que si internet y otros sistemas informáticos dejarán de funcionar, el mundo entero se detendría, e incluso, nuestra propia vida cotidiana quedaría en suspenso.¹ De tal modo, resulta casi imposible volver a pensar en una existencia previa a nuestras tecnologías, sino que por el contrario el ritmo exponencial de su desarrollo anuncia una expansión e intervención cada vez mayor y al parecer irrevocable. A su vez, dicho avance dio lugar a ciertos corrimientos que marcan una crisis en la dicotomía entre lo natural y lo artificial que permitió racionalizar y ordenar el mundo moderno. Paula Sibilia, entre otros teóricos y críticos dedicados al tema, señala que la propulsión actual hacia la virtualidad trae consigo una tendencia a fusionar al ser humano con la tecnología a partir de “un ideal aséptico, artificial, virtual e inmortal” (2005: 43) que desafía las restricciones y limitaciones biológicas y naturales del cuerpo humano, volviéndolo materia disponible para intervenir, transformando tanto su forma como su composición a través de hibridaciones profundas entre lo orgánico y lo inerte. Estas transformaciones tienen implicancias tales que han suscitado una serie de discusiones filosóficas, culturales, políticas y éticas que convergen en lo que Rosi Braidotti (2015) ha denominado como la “cuestión sobre lo posthumano”, a partir de la cual se están revisando y redefiniendo, desde distintas perspectivas, los modos de concebir al ser humano y sus posibles futuros.

Los cuerpos del verano y *Vagabunda Bogotá* permiten establecer un diálogo con dichas problemáticas a través de dos grandes focos de lectura. El primero está dado por la imaginación del futuro en tanto demarcador de la inscripción en la matriz genérica. Ambas ficciones proponen mundos futuros que son diferentes del nuestro gracias a la mediación de diversos saberes y dispositivos tecnocientíficos; pero a su vez dicha futuridad parece no distar tanto de nuestro tiempo. Tanto la representación de los personajes, los espacios y las situaciones cotidianas que plantean como, y principalmente, las lógicas del funcionamiento social que imaginan permiten percibir ese futuro como un “casi presente”: un futuro que ya no puede imaginarse como

radicalmente diferente, sino que se concibe como una continuidad y extensión de las actuales condiciones de existencia.

Por otro lado, las novelas imaginan nuevas posibilidades para los seres humanos que se enfocan en superar las restricciones naturales y biológicas de sus cuerpos. Desde allí, el segundo foco de lectura que propongo remite a la preocupación y problematización de lo humano, cuestión que siguiendo a Pablo Capanna (1966) constituye una de las principales constantes que circunscriben a la ciencia ficción como género literario. Las ficciones que aquí estudio reponen una serie de problemas en torno a las fronteras de lo humano a partir de hibridaciones y conexiones que desarmen las dicotomías tradicionales que permitían delimitarlo y abren un espacio para redefinir sus marcos de intelegibilidad.

En *Los cuerpos del verano*, internet permite prolongar la vida más allá de la muerte del cuerpo, almacenando y manteniendo en funcionamiento la actividad cerebral de los sujetos, quienes pueden volver a reencarnar y morir indefinidamente, ocupando cualquier tipo de cuerpo, ya sea de otro sexo o raza, e incluso de otra especie, como un caballo. Esta idea de intercambio corporal está presente también en *Vagabunda Bogotá*, donde la llamada "física poscuántica" potencia las capacidades humanas, haciendo posible entre otras cosas una forma particular de teletransportación: "la transcodificación de conciencias", un mecanismo que permite desplazarse por distancias exorbitantes reencarnando en distintos cuerpos, sean antropomórficos o no.

Estas propuestas narrativas ponen en jaque las distinciones excluyentes entre lo natural y lo artificial, entre lo material y lo inmaterial, entre lo humano y lo no humano, para presentar subjetividades y cuerpos que se construyen *entre* estos términos, en la contaminación e intercambio permanente. Desde allí, ambas ficciones revisan y corroen la centralidad y jerarquía de lo humano que instauró el paradigma humanista, y a partir de las cuales se justificaron la intervención y dominación del hombre sobre la naturaleza, sobre otros seres humanos y sobre sus propias creaciones tecnológicas. Así, los textos seleccionados postulan una veta de la ciencia ficción latinoamericana reciente que imagina nuevos horizontes y sentidos de lo vivible desafiando la concepción de sujeto humano unitario, autónomo y soberano, e invitando a "una reflexión sobre los vínculos entre diversas formas de vida y su participación en un mundo compartido" (Yelin, 2012: 2983).

2. Desarrollo

2. a Imágenes del futuro en *Los cuerpos del verano* y *Vagabunda Bogotá*

En nuestra actualidad, podemos hallar diversas evidencias en torno a la imaginación del futuro que revelan una transformación en la forma de concebirlo, la cual se ha ido gestando a partir de las últimas décadas del siglo XX y sigue desarrollándose hasta nuestros días. Con dicha modificación, el futuro ya no se concibe como una temporalidad distante, siempre por venir, destinada a marcar una ruptura con el presente, ya sea en un sentido positivo o negativo con respecto al desarrollo de las sociedades. Por el contrario, el futuro comienza a ser percibido como una continuidad y extensión de nuestro presente, percepción que se encuentra ligada, entre otros factores, al impacto de los últimos desarrollos de la tecnociencia.

Al respecto, Daniel Cabrera (2006) sostiene que, en el campo de los discursos sociales (como el estatal, el empresarial y el publicitario), aparece una figuración del futuro entendida como presente a partir del uso y consumo de los desarrollos y artefactos tecnológicos. Así, bajo la lógica del capital, el porvenir deja de ser aquello que cabe esperar, y se entiende como algo realizable, ya que, como señala dicho autor, si “el futuro es tecnología; la tecnología está aquí, entonces, el futuro está aquí o el futuro es hoy” (Cabrera, 2006: 182). Este modo de percibir el futuro implica que dicha temporalidad ya no puede concebirse por fuera de la intervención de la ciencia y la tecnología como vectores ineludibles de nuestras sociedades. Y en ese sentido, Cabrera indica que en las imágenes del futuro que proyectan los discursos mencionados, “aparece una sociedad venidera, a veces luminosa, otras oscura, pero siempre tecnológica y tecnologizada”; y por lo tanto, “las tecnologías presentes se muestran como parte de un curso histórico inevitable que conduce a la humanidad a su destino” (2006: 134). Siguiendo lo anterior, se sostiene que la continuidad entre presente y futuro se articula a través de los desarrollos de la tecnociencia actual.

Por otro lado, desde la crítica literaria, también se ha reflexionado en torno a esta transformación en la concepción del futuro. De acuerdo con Josefina Ludmer (2007), a partir de la caída del muro de Berlín en 1989, comienza a emerger una nueva sensibilidad ante la experiencia temporal que modifica las percepciones del futuro anteriores. Desde su perspectiva, dicho acontecimiento marca la posibilidad de observar una nueva conciencia histórica, donde “el futuro aparece como un presente extendido”, y ya no como temporalidad diferenciada, producto del advenimiento de una transformación revolucionaria que modifique todos los órdenes de la existencia. En ese sentido, el futuro como alternativa se cancela, y marca, como señala Ludmer, “el fin del tiempo: «En el futuro, siempre es ayer, o hoy»” (2010: 98), es decir, el fin del tiempo como cambio que irrumpe y produce algo nuevo. Desde allí, la imaginación del futuro remitirá siempre al presente, el cual se densifica, como sostiene la autora, gracias a las tecnologías.

Si bien Ludmer analiza estas transformaciones en torno a las literaturas recientes en América Latina, en los estudios de ciencia ficción se puede observar cierta coincidencia en relación con estas reflexiones sobre el futuro. De acuerdo con ello, el teórico español Miquel Barceló detecta, en las últimas manifestaciones del género, una tendencia a imaginar “un futuro mucho más próximo (*near future*), concebido casi como el presente” (2008: 49). Esta percepción del futuro acompaña el vertiginoso ritmo de desarrollo de la tecnociencia contemporánea, cuyas innovaciones y sus efectos se prevén a corto y mediano plazo. Asimismo, en esta tendencia se observa una actualización del imaginario tecnocientífico que, para Pablo Capanna (2014), recorre el arco de la tecnología de avanzada que va desde la ingeniería genética a la nanotecnología, es decir, tecnologías capaces de manipular, modificar y crear cuerpos y vida.

Además, se debe considerar que esta disminución de la distancia que separa al presente del futuro en la imaginación cienciaficcional aparece como un proceso gradual en el desarrollo del género en América Latina. A lo largo del siglo XX, la forma de imaginar el futuro se ha ido modificando no sólo en relación con el espacio cronológico que lo separa del presente, sino y especialmente, en torno al modo en que se conciben los cambios que se realizan en dicha futuridad. En ese sentido, la imaginación cienciaficcional fue dejando atrás los futuros lejanos que caracterizaron a las primeras manifestaciones del género, en los cuales las grandes transformaciones respecto del tiempo de escritura volvían verosímiles tanto la más perfecta evolución como las más atroces degradaciones del hombre y del mundo. En su lugar, progresivamente, se fue configurando una futuridad marcada por la cercanía y concebida como una continuación y profundización de las condiciones socio-históricas del presente. Así, la

imaginación de futuros cercanos ha ido poblando los relatos de la ciencia ficción, y con el *ciberpunk*,² el futuro se convirtió en una inminencia.

Siguiendo lo anterior, considero que tanto en *Los cuerpos del verano* como en *Vagabunda Bogotá*, esta idea de inminencia es desplazada por la percepción del futuro como extensión del presente, un “casi presente” que no está por llegar, sino que ya está, de alguna manera, aquí. Cabe aclarar que la imaginación del futuro que elaboran dichas ficciones no responde, de ningún modo, a la probabilidad de concreción o factibilidad de los adelantos tecnológicos que aparecen en dichas ficciones. Tampoco refiere a marcas textuales que indiquen una ubicación cronológica próxima al tiempo de escritura, puesto que, de hecho, ambas ficciones presentan una temporalidad indefinida. La construcción literaria del futuro que realizan los textos del *corpus* atiende, más bien, a la puesta en escena de una serie de problemáticas y dinámicas que habitan nuestro presente y configuran nuestro mundo contemporáneo.

Una de dichas problemáticas consiste en el imperativo de trascender todas las fronteras en una renovada voluntad de dominio y apropiación que subyace a la tecnociencia contemporánea, la cual adquiere según Sibilia (2005) una clara vocación fáustica que desconoce los límites que otrora se habían impuesto a la ciencia y la tecnología, y que hoy implica incluso la persecución de objetivos trascendentales y la superación de las restricciones humanas por medio de la intervención y manipulación de los cuerpos. Las ficciones aquí estudiadas reelaboran desde la imaginación cienciaficcional dichas tendencias, a través del diálogo con el campo simbólico de lo tecnocientífico en su configuración actual. A su vez, ambos textos ponen en evidencia una relación fundamental entre tecnociencia, poder y capital, que remite a ciertas lógicas y dinámicas de nuestro presente, haciendo del futuro una extensión de nuestro propio tiempo.

El futuro que propone *Los cuerpos del verano* se funda en un mecanismo tecnocientífico denominado “estado de flotación”, el cual permite prolongar indefinidamente la temporalidad de una vida a partir de la descarga a internet de la conciencia o actividad cerebral de los seres humanos, haciendo posible la conservación y continuidad de la vida a través de un modelo digital. Una vez que el cuerpo material muere, los sujetos pueden continuar una existencia virtual infinita dentro de internet. Pero, la expansión de la temporalidad humana no termina en dicha posibilidad virtual, ya que la ficción postula, también, un segundo paso del “estado de flotación” por medio del cual es posible el traspaso de los muertos a un soporte orgánico, es decir, la apropiación de un nuevo cuerpo, operación que se denomina “quemar un cuerpo” (Castagnet, 2012: 16). De este modo, los personajes de esta novela acceden a una suerte de inmortalidad que se juega entre el espacio virtual y los múltiples recambios corporales.

Así, la focalización en la vida como materia de manipulación e intervención tecnocientífica arraiga en el régimen digital, remitiendo al paradigma tecnocientífico actual en el que, como apunta Sibilia (2005), se reúnen las ciencias de la vida y biotecnologías con la informática. En la novela de Castagnet, son las modalidades digitales y sus procesos virtualizantes los que reorganizan el mundo social, generando diversos corrimientos que participan en la configuración del futuro como “casi presente”.

La superación de la condición finita del ser humano implica una revisión de los límites precisos entre la vida y la muerte, los cuales ahora se hallan mediados por la virtualidad. La vida eterna, entendida como conservación en la red, no supone aquí el fin de la muerte, sino que se concibe como una difuminación de dichos límites, ya que “la muerte continúa existiendo; lo que desapareció fue la certeza de que todo termina más tarde o más temprano” (Castagnet, 2012: 32). La mortalidad, entonces, no desaparece, pero se transforma. Deja de concebirse solamente como

cierre o fin para presentarse como un umbral hacia otra forma de vida: se configura como un pasaje, pero no hacia otro mundo o espacio distinto e incognoscible, como profesan diversos discursos religiosos, sino que aparece como un tránsito hacia otro plano de la propia realidad, la virtualidad. Así, se produce un corrimiento que otorga el dominio de esa vida después de la muerte a la tecnociencia y su más allá digital. De este modo, el campo de lo tecnocientífico se apropia de las aspiraciones trascendentales y coloniza incluso aquellas dimensiones que siempre estuvieron fuera de su alcance.

Internet y las modalidades digitales, entonces, se convierten en el centro de la arquitectura futurista que imagina la ficción y serán las que estructuren y organicen la realidad, una realidad que se teje en la profunda imbricación entre el plano virtual y el físico o material. Esa imbricación es uno de los principales aspectos que permiten configurar el futuro de *Los cuerpos del verano* como "casi presente", distanciándolo al mismo tiempo de otras narrativas cienciaficcionalas que han desplegado el tema de la virtualidad. A diferencia del *cyberpunk* por ejemplo, en esta ficción no hay oposición entre lo virtual y lo material ni se pone en cuestión lo real de lo virtual, puesto que como se comenta en el texto "internet modificó la realidad al convertirse en objeto; la red tiene una existencia tan concreta como las ciudades de una civilización" (Castagnet, 2012: 66). El plano virtual y el material se constituyen, entonces, como espacios profusamente interrelacionados que modelan y componen complementariamente la realidad, cancelando así la concepción de la virtualidad como simulacro o "mundo segundo" (Ludmer, 2010: 94), y proponiendo en su lugar un ordenamiento materialvirtual.

Por otra parte, la expansión y predominio de lo tecnocientífico en todos y cada uno de los ámbitos de la existencia humana está presente también en la novela colombiana *Vagabunda Bogotá*. En este caso, el tópico de la superación de las restricciones del cuerpo humano es tratado a partir del otro eje que determina nuestra condición finita, es decir, la espacialidad y motricidad acotada del cuerpo. Dicha posibilidad se da en el marco mayor de lo que se denominan "poderes cuánticos", un conjunto de habilidades que expanden las capacidades humanas y que se configuran como producto de la llamada "física poscuántica", paradigma científico que prevalece en este universo cienciaficcional. Así, los personajes de esta novela pueden materializar pensamientos, comunicarse telepáticamente o "transcodificar" sus conciencias en distintos cuerpos.

En este paradigma, las llamadas ciencias duras se conjugan con saberes alternativos que provienen de diversas tradiciones religiosas orientales, porque como señala el narrador, "la relación entre las matemáticas y la meditación trascendental hinduista son estrechas" (Barragán Castro, 2011: 52). Con esta convergencia, la novela tensiona los marcos epistémicos del discurso científico, recuperando ciertas zonas del conocimiento humano que fueron desplazadas en la constitución de la ciencia moderna, conectándose así con el carácter heterodoxo que Roberto Lépori (2013) le asigna a la ciencia ficción latinoamericana.

Desde allí, el modo en que dicho paradigma es configurado nos reenvía a las características que asume la tecnociencia en su vocación fáustica. Particularmente, porque constituye una aspiración totalizante en la que se congregan los dos grandes campos de interpretación del mundo: la ciencia y la religión. Así, la física poscuántica implica que por medios tecnocientíficos es posible alcanzar objetivos trascendentales, los cuales conducen al hombre hacia la perfección, a convertirse en "dioses modernos" que pueden "aplicar la conciencia a voluntad sobre la materia" (Barragán Castro, 2011: 224). La identificación entre científicos y dioses supone que el dominio del hombre sobre el mundo tiene un alcance total, y que todo lo existente se encuentra

disponible a su intervención. Esa es, puede decirse, la finalidad de la “poscuántica”, “un acceso epistémico a todo” (Barragán Castro, 2011: 51), haciendo posible que:

En el futuro, nuestra sociedad basada en el olvido y en la biotecnología de la información, los circuitos y las increíbles partículas de nanochips se habrán fusionado con la carne y habrán encontrado en ellos la estructura del universo, con la cual era posible por ejemplo flotar, o crear luz, u obtener energía de la comida sólo tocándola. (Barragán Castro, 2011: 223)

De este modo, las aspiraciones trascendentales de dicho paradigma radican en un conocimiento total que abarca cada una de las dimensiones humanas. Pero no se trata del conocimiento como un bien en sí mismo, guiado por la búsqueda de la verdad, sino que es un saber que atiende a valores utilitarios y aparece como instrumento para otros fines. Alcanzar este saber total implica, entonces, alcanzar la perfección humana, ese parecido divino en el que aúnan los deseos de omnisciencia y omnipotencia que recorren las versiones místicas y espiritualistas de la tecnociencia actual.

A su vez, como se desprende de la cita, esa búsqueda trascendental de superación de lo humano implica una puesta a disposición de los cuerpos para su manipulación tecnológica. Por ello, la “poscuántica” no reconoce fronteras en lo que puede y somete incluso al propio cuerpo humano a un proceso de endocolonización donde la carne se fusiona con los dispositivos electrónicos en una compatibilización entre lo orgánico y lo inorgánico. Con esta indiferenciación entre lo natural y lo artificial, y con la intervención al interior de los cuerpos, la “física poscuántica” cierra su configuración como saber total y expansivo orientado hacia el dominio y la apropiación.

La imaginación del futuro como “casi presente” que observo en las ficciones del corpus está dada por la apropiación de ciertas lógicas y aspiraciones de la tecnociencia actual. Así, en primer lugar, exhiben la búsqueda de objetivos trascendentales que caracteriza a la ciencia y la tecnología contemporánea (Noble, 1999; Ludueña Romandini, 2010), al posibilitar la superación de las limitaciones humanas, su finitud temporal y espacial. Y en segundo lugar, ponen en evidencia una voluntad de transgresión que vuelve disponible todo lo existente a los saberes e intervenciones tecnocientíficas. Así, el futuro se concibe como aquello que nuestro presente prefigura: una avanzada y colonización de la tecnociencia sobre todos los órdenes humanos, y no humanos también.

Asimismo, en esa ampliación de la tecnociencia es donde se juegan las relaciones de poder que atraviesan los universos cienciaficcionales de ambos textos. En la ficción de Castagnet, los intercambios con lo tecnocientífico parecen estar siempre mediados por el mercado y las lógicas del capital. Si bien el acceso a la existencia virtual es gratuita, el segundo paso del “estado de flotación”, es decir, la posibilidad retornar al mundo material supone la comercialización de aquellos cuerpos que alojarán a los muertos durante un período de vida útil. Así, la disponibilidad del cuerpo a los saberes y procesos tecnocientíficos es también su disponibilidad en el mercado: los cuerpos son ordenados en un catálogo de modelos, una gama de cuerpos entre los que se puede optar, como si se tratara de cualquier otro artículo de consumo. Hay cuerpos conectados con cables a una batería que los mantiene funcionando y otros con batería inalámbrica; cuerpos defectuosos y averiados, “mal quemados” (Castagnet, 2012: 63) y cuerpos rebosantes, esbeltos y atléticos. El acceso a los distintos modelos dependerá del nivel adquisitivo de los sujetos, y en ese sentido, son las posibilidades socio-económicas de acceder a los mejores cuerpos las que trazan las jerarquías y desigualdades. De este modo, la ficción teje una alianza entre tecnociencia y mercado que muestra cómo los desarrollos tecnológicos apuntan al rédito y la utilidad,

replicando las tendencias actuales donde el desarrollo y la innovación tecnológica se miden por su potencial lucrativo (Echeverría, 2003).

Por su parte, *Vagabunda Bogotá* señala también la importancia del acceso a los productos y saberes de la tecnociencia en la constitución de las subjetividades, demarcando a través de ellos las distinciones sociales y sosteniendo relaciones de dominación. Aquí, el acceso al conocimiento de la "física poscuántica" y sus poderes se posiciona como el principio de demarcación social que ordena y clasifica cuerpos y subjetividades. Los espacios y los personajes se organizan de acuerdo dicho acceso, y por ello, encontramos ciudadanos tipo A, es decir, aquellos que aspiran a un conocimiento superior y viven en el "barrio donde se acumulan todos los ñoños de los sistemas planetarios, un barrio de muchachos y muchachas becados con todo pagado" (Barragán Castro, 2011: 28). El barrio de becados se halla separado de los demás sectores o módulos por un "abismo" (Barragán Castro, 2011: 48) que señala las restricciones y jerarquías entre los diversos tipos de ciudadanos, en especial, con respecto a aquellos de tipo B y C quienes viven en "la parte popular de la estación" (Barragán Castro, 2011: 75) y siguen carreras de tipo práctico-manual, en las que "aprendías a rehidratar partículas y te metían en una planta hidratadora a trabajar ocho horas" (Barragán Castro, 2011: 81).

Además, esta ficción introduce una perspectiva crítica con respecto a la virtualidad y las tecnologías de la información y la comunicación en tanto canalizadoras de un poder descentralizado y disperso. En *Vagabunda Bogotá*, internet y las redes sociales operan un papel importante en la modelación de las subjetividades. El narrador entiende que las personas se han convertido en una sumatoria de datos, de información distribuida en diversas redes sociales, en y por las cuales se definen, en especial, a partir de los vínculos (léase, cantidad de contactos y seguidores) que se crean por estos medios:

Una persona sola en su cuarto pequeño, en su cuchitril (...) Quiere que su lista de Messenger sea infinita, que tenga un *blog* donde entren mil visitas al día, y un Facebook donde le dejen mensajes idiotas todos los días. (Barragán Castro, 2011: 16)

Estas nuevas tecnologías mediatizan la existencia de los individuos y operan como administradores de los vínculos sociales, sometiéndolos a un proceso de mercantilización y cuantificación que desvía la experiencia y el compromiso real con otros, reduciendo así los significados y acciones colectivas.

Este último punto resulta interesante, ya que también en *Los cuerpos del verano* se puede observar un repliegue de los proyectos colectivos que antaño caracterizaron a la ciencia ficción latinoamericana, en pos de tendencias individualizantes que anclan la narración en el ámbito de lo privado e individual. En la ficción de Castagnet, el relato se centra en las experiencias del narrador protagonista una vez que retorna, reencarnado en nuevos cuerpos, al mundo físico, luego de haber permanecido entre los nodos de internet durante casi cien años. De ese modo, la narración del futuro se sumerge en la temporalidad de lo cotidiano, un "tiempo fragmentado y repetitivo en flujo sin totalización ni unificación" (Ludmer, 2010: 41), donde las acciones ordinarias e insignificantes no se unifican en una historia ni en un sentido más allá de aquello que muestran. A su vez, el privilegio en la construcción del relato de los deseos personales, centrados en el "para sí" del sujeto, permite configurar la imaginación del futuro en términos de porvenires individuales que no logran problematizar la estructura global en la que se funda dicha futuridad. Así, la ficción reemplaza las acciones heroicas, aquellas que transformarían la realidad social desigual en la que

viven los personajes, por conflictos que no escapan al ámbito de lo privado y personal, ni llegan a cuestionar el orden establecido definido por la alianza entre mercado y tecnociencia mencionada.

En la novela de Barragán Castro, el viraje hacia lo individual se realiza principalmente mediante su inscripción autoficcional. Los deseos, las acciones y la sensibilidad del autor-narrador se configuran como núcleo del relato y alternan con referencias a su propia biografía, las cuales ponen en tensión los límites del género cienciaficcional a la vez que permiten acercar presente y futuro. Así, la narración arraiga en episodios ligados a lo cotidiano y lo doméstico; mientras que los grandes acontecimientos que tienen lugar en ese mundo futuro, como por ejemplo la pandemia llamada "la enfermedad del olvido", aparecen desde una perspectiva marginal y secundaria, como eventos que sobrevienen y se imponen desde afuera. Sucesos en los cuales el narrador no participa directamente, sino que se configura como un espectador que observa el acontecer histórico desde el televisor o los canales de *Youtube*:

La televisión fue por unas semanas mi único contacto con el exterior (...) En Medellín, alcancé a ver en las noticias cómo se desarrollaba el virus en el resto del país y en el resto del planeta, hasta que la televisión dejó de funcionar. (Barragán Castro, 2011: 68)

Así, tanto en *Los cuerpos del verano* como en *Vagabunda Bogotá* el futuro no aparece como espacio de cambio y transformación, sino que se cubre con las nimiedades de la vida diaria y los deseos individuales que atraviesan las biografías mínimas, donde lo que se narra es aquello que, como dice Ludmer (2007), "está como fuera de la Historia con mayúsculas". Desde allí que la futuridad ya no puede presentarse como una temporalidad *otra* respecto del presente, de manera que la idea del futuro como lo radicalmente nuevo queda eclipsada por el relato de lo mismo o de lo que ya está aquí.

Teniendo en cuenta lo planteado hasta aquí, se puede decir que las ficciones analizadas elaboran sus imágenes del futuro como "casi presente" al reenviarnos a nuestras actuales condiciones de existencia, donde el avance de la ciencia y la tecnología sobre la vida adquiere un carácter inusitado, marcado por una intimidad con el poder y el capital, a partir de la cual parece obturarse la asignación de sentidos sociales al futuro, en privilegio de lo individual. Desde allí, entonces, la futuridad deja de imaginarse como ruptura y cambio respecto del presente, para percibirse como su extensión y continuidad.

2.b De lo posthumano: desplazamientos y redefiniciones en los límites de lo humano

La preocupación por lo humano, por su constitución y sus posibles devenires marca una de las líneas de desarrollo que recorre toda la genealogía de la ciencia ficción, particularmente en América Latina, donde el énfasis estuvo puesto más en las transformaciones y efectos sociales que producen los avances tecnológicos, que en su funcionamiento y explicación. *Los cuerpos del verano* y *Vagabunda Bogotá* recuperan dicha indagación desde el momento en que imaginan un mundo futuro en el que ciertas limitaciones y restricciones humanas han sido superadas. A partir de allí, cabe preguntarse de qué manera la ciencia ficción reciente problematiza aquello que llamamos "humano" en el contexto actual.

En tal sentido, me interesa abordar el modo en que las ficciones del corpus seleccionado reponen una serie de problemáticas en torno a los umbrales de lo humano que remiten y entran en diálogo con la "cuestión de lo posthumano": un horizonte de debates filosóficos, políticos,

culturales y éticos que ponen en evidencia la crisis del paradigma humanista de producción de lo humano, cuestionando la imagen dominante del hombre soberano, dueño de sí y autocentrado, y revisando aquellas dicotomías que habían permitido definir sus marcos de inteligibilidad a través de una lógica binaria de diferencia que lo separó y elevó sobre los demás seres vivientes y sobre sus propias creaciones tecnológicas. Las ficciones aquí estudiadas operan ciertos desplazamientos entre lo natural y lo artificial, entre lo orgánico y lo inerte, entre lo material y lo inmaterial que nos sitúan en ese horizonte y sus interrogantes.

El mundo futuro de *Los cuerpos del verano*, el "estado de flotación" y su inmortalidad basada en la virtualidad dio lugar a un nuevo orden que desarticula las viejas leyes de la naturaleza, concretando los sueños de mejora humana a través de la posibilidad de prolongar indefinidamente la existencia. Los personajes después de morir, pueden seguir viviendo en la red, exceptuados de todas las limitaciones, dolencias y degradaciones que provienen de la materialidad precaria y corruptible del cuerpo hecho de carne y hueso. Pero, la novela también activa otro modo de experimentar la vida eterna, ya que los muertos pueden optar por reencarnar en nuevos cuerpos, exponiéndose nuevamente a todas aquellas afecciones que el plano virtual había conseguido borrar.

Así, la experimentación de las constricciones del cuerpo lejos de ser una imposición inevitable, se vuelve una alternativa que los individuos pueden elegir o no. El carácter "no necesario" de las limitaciones que provienen de un cuerpo sujeto a las leyes de la naturaleza implica que éstas dejan de concebirse como fatalidad para aparecer como una experiencia "accidental", no determinante ni restrictiva de la existencia humana.

Con la expansión de la temporalidad humana que habilita el "estado de flotación", el orden y los ciclos naturales que regulan la vida y por los cuales los sujetos nacen, se desarrollan y luego, necesariamente, mueren, se ven alterados, dado que morir ya no implica la finalización de la existencia, sino que supone una apertura hacia otra forma de vida producida tecnológicamente y exceptuada de las limitaciones materiales y biológicas. De este modo, a través de la intervención tecnocientífica, se suspende el mandato de la naturaleza que rige la existencia del hombre en tanto ser vivo: sufrir, envejecer y morir de manera definitiva son ahora una cuestión de elección personal y no una obligación inexcusable.

Dicha suspensión y la instalación de una nueva norma para la vida basada en las intervenciones tecnocientíficas modifican las relaciones opositivas entre lo natural y lo artificial, entre lo dado y lo creado. La ficción de Castagnet desarticula estas oposiciones, desde el momento en que los muertos que sobreviven tecnológicamente conservan su estatuto y se presentan como otra forma de ser del hombre. Así, lo humano no puede definirse sólo y exclusivamente a partir del polo de lo natural, en oposición a lo artificial, a lo producido tecnocientíficamente. Por el contrario, se puede observar una contigüidad entre ambos polos, un *continuum* donde lo humano se configura como una serie de posiciones que es posible asumir entre lo artificial y lo natural.

En la ficción, esta contigüidad se da a través de tres clases de personajes. En primer lugar, encontramos a los vivos, es decir, aquellos que aún no han muerto y por ello, están sujetos al mandato natural. En segundo lugar y en el otro extremo, están aquellos muertos que están "en flotación", grupo que se caracteriza por una existencia puramente virtual. Y por último, entre estos dos grupos, se hallan los "quemados": aquellos muertos que luego de pasar por el "estado de flotación", deciden regresar al plano material reencarnando en un cuerpo y sometidos nuevamente a las limitaciones y afecciones que provienen de la dimensión biológica y orgánica, pero esta vez, asistidos e intervenidos tecnológicamente. Cabe destacar que estos grupos no se

entienden como conjuntos cerrados sino como posiciones dinámicas, susceptibles de ser intercambiadas, dado que, a lo largo de la ficción se puede ver cómo varios de los personajes pasan de una clase a otra.

De esta manera, lo tecnocientífico se configura como parte constitutiva de las subjetividades y permite definir la vida humana más allá de la dimensión biológica y orgánica. Las intervenciones tecnocientíficas no sólo aparecen como aceptables, sino también como necesarias, y en ese sentido se deja atrás la identificación de lo artificial como alteración, desvío o violación que atenta contra una supuesta "naturaleza humana", herencia biológica y genética a conservar y resguardar. Por el contrario, las conexiones con lo tecnocientífico se imponen como el nuevo deber ser del hombre que lo exime de las sujeciones biológicas, como su finitud temporal, amplificando así sus posibilidades de desarrollo. Lo artificial se reconfigura, entonces, como dimensión activa en el proceso de constitución de lo humano, donde lo tecnocientífico ya no se presenta como exterioridad que se sobreimprime sobre cierta "naturaleza humana" estable y transhistórica, ni como amenaza deshumanizante. En su lugar, la relación entre lo humano y lo tecnocientífico se plantea en términos de pertenencia que revela al hombre como productor y producto de sus propias tecnologías, tecnologías que no son de ningún modo meramente instrumentales, ni de las cuales puede ya separarse.

Sin embargo, la novela no privilegia una existencia completamente artificial, basada en el predominio de la mente sobre el cuerpo precedero, ya que "la mayoría de los muertos prefiere cambiar de cuerpo" (Castagnet, 2012: 17), es decir, regresar al plano material, "quemado" en un nuevo cuerpo biotecnológico. De esta manera, la abolición total del cuerpo orgánico y su reemplazo por una existencia inmaterial no aparecen como la definición deseable para el ser humano. En su lugar, prevalecen aquellas corporalidades que se construyen *entre* lo natural y lo artificial, en la hibridación entre componentes orgánicos e inorgánicos. En *Los cuerpos del verano*, el cuerpo biológico con sus procesos fisiológicos y orgánicos no está de ningún modo obsoleto, sino que se reactualiza en su hibridación con los componentes inorgánicos, volviendo inviables tanto los sueños asépticos de desmaterialización como su sustitución por una carne maquínica hecha de cables y silicio.

Esos cuerpos biotecnológicos se convierten en la ficción en cuerpos huéspedes donde reencarnan las conciencias de los muertos. Pero no se trata aquí de meros contenedores, sino que esos cuerpos ajenos serán los que multipliquen las posibilidades de vida a través de una experiencia de lo otro que desafía la idea de un sujeto unitario, autocentrado y estable del paradigma humanista.

Por una parte, los cuerpos biotecnológicos de la ficción remueven las bases de las pretensiones esencialistas en la configuración de las subjetividades. Los recambios corporales hacen del cuerpo una "evidencia ambigua" (Castagnet, 2012: 30), una entidad intercambiable, mostrando que aquellos parámetros identitarios, fundados en la naturaleza, es decir, en la imposición biológica y genética de los cuerpos, dejan de funcionar como tales. Así, la posibilidad de cambiar de cuerpo, es también la de modificar el sexo o la raza inicial, las cuales ya no aparecen como marcas preestablecidas e inmutables, sino que son desplazadas como mecanismos de fijación de las subjetividades, configurándose ahora como modos posibles de ser, susceptibles de ser actualizados en una misma trayectoria vital. La experiencia del propio narrador protagonista expone estos pasajes entre sexos y razas, ya que habiendo nacido como varón blanco, reencarna por primera vez en un cuerpo de mujer, y luego, lo hace nuevamente en el de un varón africano. Así, los rasgos físicos y anatómicos en los que se fundaban diversas jerarquías y dominaciones

dejan de funcionar y aparecen como términos móviles y relacionales a partir de los cuales ya no se pueden unificar ni fijar las subjetividades.

La reencarnación en cada nuevo cuerpo implica una apertura a nuevas experiencias que sacan al sujeto de su lugar y dislocan aquellos límites precisos por los cuales se reconocía a sí mismo, para aventurarlo hacia nuevos horizontes de lo vivible. En la ficción, entonces, se reafirma la concepción del cuerpo como espacio de apertura a la experiencia y fuerza capaz de modificar todo lo dado, ya que su manipulación y transformación invita a la reinención continua, a un rehacerse a sí mismo una y otra vez contra toda imposición que provenga desde afuera, contra toda esencia y determinación biológica o natural que pueda ser entendida como destino. De esta manera, la potencia afirmativa del cuerpo intervenido tecnológicamente consiste en la eliminación de aquellos fundamentos del sujeto considerados “naturales”, mostrando el carácter artificial, es decir, construido, y con ello cambiante, de toda subjetividad.

También en *Vagabunda Bogotá* se puede observar que lo natural y lo artificial, lo orgánico y lo inerte, lo propio y lo ajeno ya no operan de manera opositiva y excluyente, dando lugar a nuevas formas de subjetividades y de contacto entre los cuerpos que permiten revisar y reconceptualizar qué entendemos por ser humano.

Por un lado, las hibridaciones entre lo natural y lo artificial que se despliegan sobre los cuerpos a través de las intervenciones tecnocientíficas y los saberes de la “poscuántica” tienden a producir sujetos mejorados, que poseen capacidades que superan a las humanas. Por ello, se puede hablar de sujetos “transhumanos”, rediseñados y liberados de todas aquellas restricciones del cuerpo que se presentan como un obstáculo para los poderes de la mente trascendental y ubicua. En ese sentido, la ficción de Barragán Castro permite establecer un diálogo con los programas transhumanistas que se desarrollan como una versión perversa de la cuestión posthumana (Braidotti, 2015), ya que aspiran a la eliminación de la materialidad que nos corrompe, en pos de una existencia post-biológica, donde se reactiva el dualismo cartesiano entre cuerpo y mente. En la “física poscuántica” y su potencial para alcanzar la perfección humana está presente este dualismo que privilegia los poderes de la mente sobre el cuerpo finito, ya que sus iniciados tienden a una existencia inmaterial y atemporal, en la cual se reafirma la soberanía de sí y del mundo que la tradición humanista le asignó al ser humano, potenciada ahora por las posibilidades que abre la tecnociencia y sus desarrollos.

Por otro lado, y en tensión con la concepción anterior de lo humano, las experiencias del narrador protagonista hacen posible vislumbrar otras formas de lo humano que ponen en jaque la precisión de sus límites. La apropiación de la “poscuántica” que realiza este personaje está ligada a la búsqueda del amor y a la posibilidad de estar con otros, dejando de lado cualquier pretensión de dominio y control. El narrador al igual que los físicos y científicos, aunque por un camino muy poco ortodoxo, logra acceder a uno de los “poderes poscuánticos”: la migración o “transcodificación” de conciencias, lo cual le permite trasladarse por distancias exorbitantes. En esas migraciones de la conciencia hacia cuerpos otros, humanos y no humanos, se impulsa una indiferenciación entre lo propio y lo ajeno que expone a las subjetividades a lo desconocido, a la posibilidad de devenir diferente. En esos movimientos, el cuerpo otro que ya ni siquiera se ajusta a los contornos antropomórficos, es el que instaura la dislocación del sí mismo, presionando y afectando los límites de la propia subjetividad a través de lo imprevisible, un “no saber por qué haces lo que haces” (Barragán Castro, 2011: 81) que viene de los cuerpos. Así, la ficción permite volver a pensar el lugar del cuerpo en la constitución de lo humano, no como mero receptáculo de carácter accidental o descartable, sino como espacio necesario que hace posible la existencia y

la experiencia del mundo. La experiencia del narrador muestra el requerimiento mutuo entre mente y cuerpo, depositando en este último la posibilidad de multiplicar las posibilidades de vida y el encuentro con otros.

A su vez, y en sintonía con *Los cuerpos del verano*, cabe notar que la “transcodificación” que inventa *Vagabunda Bogotá* revela un modo de entender la corporalidad que instala una suerte de negación de la idea de cuerpo original, propio y preformado. Los múltiples pasajes corporales que experimenta el narrador protagonista aparecen como una posibilidad de transformación que va del cuerpo a la subjetividad y que desmonta los puntos fijos en su definición, especialmente, aquellos que provienen de la naturaleza. Los cambios de cuerpos suponen un proceso de experimentación consigo mismo, donde el sujeto se encuentra abierto a lo que vendrá, a esas afectaciones que producen los cuerpos otros a partir de las cuales se desarman y se vuelven a trazar los propios límites. Pero, no se trata de “ser lo que se quiera”, premisa que afirmaría la capacidad de autodeterminación sin límites del hombre, sino que dicha experimentación invoca siempre la puesta en relación y conexión imprevisible e incalculable con los otros, desestabilizando las pretensiones de autonomía del sujeto soberano del paradigma humanista.

Tanto la novela de Castagnet como la de Barragán Castro proponen un giro que esquivo el dualismo cartesiano, y nos devuelven a la materialidad de los cuerpos al desplazar a un segundo plano a aquellas subjetividades marcadas por la desmaterialización total o los modos de existencia puramente artificiales. Estos textos cienciaficcionales enfocan la narración en los cuerpos, revalorizando aquello que viene de ellos: sus funciones vitales pero también el deseo y la capacidad de afectar y dejarse afectar en el contacto con otros cuerpos. Estas ficciones exaltan la encarnadura material de los cuerpos como apertura a la experiencia del mundo, como instancia necesaria en la producción de lo humano, y de ningún modo, mero receptáculo de la mente que puede ser eliminado o desechado.

3. Conclusiones

Este trabajo buscó desplegar algunas lecturas sobre las novelas *Los cuerpos del verano* de Martín F. Castagnet y *Vagabunda Bogotá* de Luis Carlos Barragán Castro, dando cuenta de ciertas líneas de exploración que permitieran una aproximación al estado actual del género de ciencia ficción en América Latina. A su vez, dicho recorrido permitió reflexionar junto con los textos literarios en torno a las transformaciones que están planteando los últimos desarrollos tecnocientíficos, especialmente, en relación con las redefiniciones de lo humano a las que han dado lugar.

Así, por un lado, se puede decir que la imaginación del futuro como “casi presente” constituye una de las propuestas que abren ambas ficciones para la escritura cienciaficcional reciente. Y con ello, marcan una redefinición y actualización del género acorde a los tiempos que corren; pero vale aclarar que simultáneamente continúan con ciertas tendencias propias de la modulación regional de la ciencia ficción, como la preferencia a presentar la visión del usuario frente a la tecnología y la consiguiente elección de personajes comunes y sin experticia como protagonistas de sus relatos. Así, las dos novelas sostienen una continuidad con la tradición del género en América Latina, a la vez que trazan un sendero posible para su renovación.

Por otro lado, a partir de las reflexiones en torno a los desplazamientos en los umbrales de lo humano que plantean las ficciones estudiadas fue posible entablar un diálogo con el horizonte de debates en torno a lo posthumano, y revisar desde allí nuevas formas de concebir lo humano en

nuestro contexto actual; formas que la ciencia ficción reciente es capaz de exteriorizar y problematizar, contribuyendo de este modo a dichas discusiones.

En *Los cuerpos del verano* y *Vagabunda Bogotá* se desactiva la dicotomía entre lo natural y lo artificial, produciendo corrimientos en otras distinciones que han funcionado en la organización del mundo y en la definición de lo humano. Ambas ficciones privilegian la hibridación entre estos términos, poniendo el foco en las subjetividades que se construyen entre lo dado y lo creado, entre lo biológico y lo tecnológico. Los modos en que se presentan dichos desplazamientos permiten poner en evidencia la heterogeneidad que habita los debates en torno a la redefinición de lo humano en nuestros tiempos, convocando diversas posiciones y tensiones.

Puede decirse que, en principio, las ficciones escenifican las propuestas del transhumanismo cuando imaginan instancias que concretan las ambiciones de mejora humana, ya sea prolongando indefinidamente su existencia en internet como en *Los cuerpos del verano*, o expandiendo los poderes de la mente como sucede con los "poscuánticos" de *Vagabunda Bogotá*. En los dos casos, las intervenciones tecnocientíficas apuntan al borramiento del cuerpo biológico y orgánico con el fin de liberar la mente inmortal y omnipotente. De esta manera, parece reactivarse el viejo dualismo cartesiano que hace de la mente o conciencia racional, el fundamento del ser humano. Y en tal sentido, estas conexiones ratifican la autonomía del hombre y su capacidad de autodeterminación, apuntando a la optimización y perfeccionamiento. Desde allí, se visibiliza una perspectiva antropocéntrica que, en las hibridaciones entre lo natural y lo artificial, profundiza la imagen del hombre como soberano de sí y del mundo.

Sin embargo, los trayectos de los narradores protagonistas de cada una de las novelas, permiten acercarnos a "lo posthumano crítico", de acuerdo con lo cual lo humano se entiende en su "relacionalidad radical" (Braidotti, 2015). Las relaciones que establecen estos personajes con lo tecnocientífico se configuran a partir de afectación recíproca, que conduce a una zona de indiferenciación entre lo propio y lo ajeno, desestabilizando la unidad y autonomía de las subjetividades que se dicen humanas, mediante la exposición a lo imprevisto e incalculable de las contaminaciones. Esos movimientos impulsan la transformación continua de las subjetividades en un juego nunca acabado con los otros, donde los límites se desarmen y rearmen sin admitir su fijación en clasificaciones dadas de una vez y para siempre; un juego que se trama en y desde los cuerpos y en la hibridaciones a las que asisten.

Así, lo "propiamente humano" parece desvanecerse en la relación siempre abierta y múltiple con aquellos que por exclusión lo definía. Lo humano se configura, entonces, en la apertura e indeterminación de las relaciones, como "efecto del perenne flujo de encuentros, internaciones, afectividades y deseos que provienen de otros y de otras partes" (Braidotti, 2015: 101). Y desde allí, se pone en cuestión la supremacía y exclusividad del hombre como medida de todas las cosas, para poder imaginar otras posibilidades de vida y de habitar el mundo junto a otros.

4. Notas

1. Cabe aclarar que con el término "tecnocientífico" que deriva de "tecnociencia" me refiero a una imbricación tal entre la ciencia y la tecnología que impide concebir estos campos de manera separada, sino en mutua dependencia y complementariedad, lo cual implica que todo saber científico tiene una aplicación tecnológica, y viceversa. Retomo las principales características de este concepto de Echeverría (2003) y Sibilia (2005).

2. El *cyberpunk* es un subgénero de la ciencia ficción que se origina en EE.UU. en la década del ochenta y que se configuró como una estética que conjugaba las nuevas tecnologías de la cibernética y la informática, con la imaginación de futuros cercanos dominados por corporaciones transnacionales y atravesados por la marginalidad y la miseria urbana a nivel global. En América Latina, se desarrolla principalmente en México durante la década de los noventa y aparece como respuesta al ingreso del neoliberalismo y a las transformaciones socio-culturales que produce la globalización en nuestros países periféricos.

5. Bibliografía

- BARCELÓ, Miquel (2008) *La ciencia ficción*, Barcelona: Ed. UOC.
- BARRAGÁN CASTRO, Luis Carlos (2011) *Vagabunda Bogotá*, Medellín: Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia.
- BASTIDAS, Rodrigo (2012) "La ciencia ficción colombiana entre milenios", *Revista Literatura: teoría, historia, crítica*, vol.14, 313-323.
- BRAIDOTTI, Rosi (2015) *Lo posthumano*, Barcelona: Gedisa.
- CABRERA, Daniel (2006) *Lo tecnológico y lo imaginario: las nuevas tecnologías como creencias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires: Biblios.
- CAPANNA, Pablo (1966) *El sentido de la Ciencia Ficción*, Buenos Aires: Editorial Columba.
- CASTAGNET, Martín Felipe (2012) *Los cuerpos del verano*, Bs. As.: Factotum Ediciones.
- ECHEVERRÍA, Javier (2003) *La revolución tecnocientífica*, Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- KURLAT ARES, Silvia (2012). "La ciencia ficción en América Latina: entre la mitología experimental y lo que vendrá", *Revista Iberoamericana*, vol. LXXVIII, 15-22.
- LEPORI, Roberto (2013) "¿Quién le teme a C. P. Snow en la crítica de ciencia ficción latinoamericana? El enigma del género en el laberinto de una conspiración hermética", *Alambique: Revista académica de ciencia ficción y fantasía*, vol. 1, artículo 5.
- LUDMER, Josefina (2010) *Aquí, América Latina. Una especulación*, Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora.
- LUDMER, Josefina (2007) "Elogio de la mala literatura". Entrevista con Flavia Costa, *Revista Ñ*, suplemento de cultural de Clarín, 01/12/2007. Disponible en: <http://edant.clarin.com/suplementos/cultura/2007/12/01/u-00611.htm>. Consultado por última vez: 12/07/2016.
- LUDUEÑA ROMANDINI, Fabián (2010) *La comunidad de los espectros. I. Antropotecnia*, Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- NOBLE, David (1999) *La religión de la tecnología. La divinidad del hombre y el espíritu de invención*, Barcelona: Paidós.
- PESTARINI, Luis (2007) "La ciencia ficción en la literatura argentina: un género de las orillas", *Revista Qubit. Boletín digital de literatura y pensamiento cyberpunk*, n° 25, 4-8.
- SIBILIA, Paula (2005) *El hombre postorgánico. Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- YELIN, Julieta. (2012). "Imágenes del umbral. Hacia una crítica literaria posthumanista", *Actas del V Congreso Internacional de Letras*: UBA.